

Plaza pública

para la edición del 6 de enero de 1995

Nuevo pacto, III

Miguel Ángel Granados Chapa

En otras circunstancias, el discurso pronunciado por el Presidente Zedillo el martes tres, virtual adenda y coronación del acuerdo para enfrentar la emergencia económica, hubiera suscitado entusiastas adhesiones, de las verdaderas, no las que se proclaman ante todo lo que surge desde el poder, y sólo porque es el poder el que lo proclama. Es un discurso sensato, abierto, inteligente y hasta humilde. Se mantiene a distancia del régimen pasado, sin entrar a condenarlo. Reconoce la gravedad de la situación y, si habla de sacrificios, echa por delante el suyo propio, pues el Presidente tiene clara conciencia de la impopular posición en que se coloca, ^{y que} ~~pues~~ su política ante la crisis impone cargas a todos (o casi), aunque es claro que la distribución de los fardos no es equitativa. Técnicamente, las soluciones del nuevo pacto y del discurso resisten el análisis, aunque políticamente es débil su argumentación en pro de la congelación salarial. Cubre los aspectos que los intereses financieros internacionales desean ver garantizados para su propia intervención en el problema mexicano. E inserta la situación económica y financiera en el adecuado contexto mayor, necesitado de reformas en que es imprescindible la participación de todas las fuerzas

sociales y políticas, incluidos los inconformes, es decir los zapatistas armados.

La amplitud de la oferta formulada por el Presidente, sin embargo, resultó angosta ante el tamaño de la grave coyuntura. Ni en los círculos de la producción, ni en el más ancho de los intereses sociales representados por los partidos, se concedió a las ~~palabras~~^{palabras} presidenciales el crédito que en sí mismas merecerían. Y la reticencia de la respuesta es la medida del conflicto social, de la ruptura a la que hoy se enfrenta la sociedad.

En cualquier país del mundo las devaluaciones monetarias son pan de cada día, pues resultan de la aplicación de estrategias financieras dotadas de flexibilidad. Nadie coloca el honor nacional, el destino de un país, en la paridad de la moneda en economías muy consolidadas como las de los países industriales. Pero en México el gobierno ha buscado hacer coincidir el valor del peso ante el dólar con la reciedumbre de su posición. Como se ha dicho, la paridad se convirtió en una cuestión de machismo financiero. O, para decirlo con ánimo menos trascendente, mantener sin cambios o con fluctuaciones enteramente predecibles el intercambio monetario se asemeja al afán de los cantantes de huapangos o ciertas melodías rancheras que se exponen al sofocamiento con tal de obligar, con la prolongación de su falsete, a que el público aplauda sus habilidades canoras. Por eso lastima tanto emocionalmente, aparte de las dramáticas y aun trágicas consecuencias materiales de la devaluación y sus secuelas, el que el peso pierda una vez más ante el dólar. Por eso el discurso presidencial

que se propone convocar a la lucha común contra tales secuelas, es desoído y aun cuestionado.

El Presidente Zedillo comprendió que debía ir más allá de los términos habituales de las concertaciones económicas, y abrió el arco de la consulta nacional en torno de la crisis a todas las fuerzas políticas y sociales. Ni siquiera en su propio partido tuvo su oferta la recepción necesaria. Se comprende que así sea, pues el PRI padecerá electoralmente los efectos de la crisis, y sus actuales mandos no tienen por qué adherirse mecánicamente a la defensa de las tesis oficiales. La presidenta del partido gubernamental, la senadora María de los Angeles Moreno, tendría muchos motivos personales y políticos para manifestarse renuente a apoyar posiciones necesarias para remediar errores de un pasado que la lesionó de modo muy grave. Sólo su acentuada institucionalidad ha contribuido a que la respuesta priísta no coincida tan plenamente (como las circunstancias lo demandan) con las críticas posturas de los partidos de oposición.

Acción Nacional, por su parte, ha reaccionado ante el nuevo pacto y el discurso de Zedillo con una frialdad que busca inhibir el recuerdo de su cercanía con la política económica de Salinas, que ahora esta en cuestión. Y el PRD lo hace con severidad, con el doble propósito de que se advierta que siempre tuvo razón al desconfiar de ese ese gobierno y su secuela, que es el actual régimen, y de ~~que~~ ^{que} se comprenda que si ese gobierno ^{AN} ~~mitió~~ ^{mitió} en los asuntos económicos, de seguro lo hizo también en los electorales, tanto en el ámbito

federal como en los locales de Chiapas, Tabasco y Veracruz.

Son comprensibles las renuencias de los partidos y otras fuerzas a las que la posición gubernamental no entusiasma ni persuade. Pero sus exponentes tendrían que medir el alcance de su reticencia. El vacío que hacen al poder público puede ser llenado por factores espontáneos que no se rijan por mecanismos institucionales. Y con eso entraríamos en un escenario donde reine lo impredecible.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Nuevo pacto, III

La respuesta de los partidos y las fuerzas productivas y sociales al Acuerdo para encarar la crisis, y el discurso presidencial del martes pasado, son señal de que esas posiciones gubernamentales son menos anchas de lo que exige la gravedad de esta coyuntura.



En otras circunstancias, el discurso pronunciado por el presidente Ernesto Zedillo el martes 3 de enero, virtual *adenda* y coronación del Acuerdo para enfrentar la emergencia económica, hubiera suscitado entusiastas adhesiones, de las verdaderas, no las que se proclaman ante todo lo que surge desde el poder, y sólo porque es el poder el que lo proclama. Es un discurso sensato, abierto, inteligente y hasta humilde. Se mantiene a distancia del régimen pasado, sin entrar a condenarlo. Reconoce la gravedad de la situación y, si habla de sacrificios, echa por delante el suyo propio, pues el Presidente tiene clara conciencia de la impopular posición en que se coloca, ya que su política ante la crisis impone cargas a todos (o casi), aunque sea claro que la distribución de los fardos no es equitativa.

Técnicamente, las soluciones del nuevo pacto y del discurso resisten el análisis, aunque políticamente es débil su argumentación en pro de la congelación salarial. Cubre los aspectos que los intereses financieros internacionales desean ver garantizados para su propia intervención en el problema mexicano. Y aun los más radicales críticos de la situación internacional de México que esa posición suscita, encontrarán que no es peor que la surgida de otras coyunturas adversas. Por último, el discurso inserta la situación económica y financiera en el adecuado contexto mayor, necesitado de reformas que inauguren nuevas relaciones políticas (y nos doten de la "democracia que merecemos") en que es imprescindible la participación de todas las fuerzas sociales y políticas, incluidos los sindicatos, es decir los zapatistas armados. La amplitud de la oferta formulada por el presidente, sin embargo, resultó angosta ante el tamaño de la grave coyuntura. Ni en los ámbitos de la producción, ni en el más amplio de los intereses sociales representados por los partidos, se concedió a las palabras presidenciales el crédito que en sí mismas merecían. Y la reticencia de la respuesta medida del conflicto social, de la ruptura que hoy se enfrenta la sociedad.

En cualquier país del mundo las devaluaciones monetarias son pan de cada día, pues resultan de la aplicación de estrategias financieras dotadas de flexibilidad. Nadie coloca el honor nacional, el destino de un país, en la paridad de la moneda en economías muy consolidadas como las de los países industriales. Pero en México el gobierno ha buscado hacer coincidir el valor del peso ante el dólar con la reciedumbre de su posición. Como se ha dicho, la paridad se convirtió en una cuestión de machismo financiero. O, para decirlo con ánimo menos trascendente, mantener sin cambios o con fluctuaciones enteramente predecibles el intercambio monetario se ha asemejado al afán de los cantantes de huapangos o ciertas melodías rancheras que se exponen al sofocamiento con tal de obligar, con la prolongación de su falsete, a que el público aplauda sus habilidades cantoras. Por eso lastima tanto emocionalmente, aparte de las dramáticas y aun trágicas consecuencias materiales de la devaluación y sus secuelas, el que el peso pierda una vez más ante el dólar. Por eso el discurso presidencial que se propone convocar a la lucha común contra tales secuelas, es desoído y aun cuestionado.



Hasta el PRI se manifestó sólo con palmas tibias frente a la oferta presidencial, aunque la institucionalidad de su dirigente, María de los Angeles Moreno le impida manifestarse tal como efectivamente reaccionaría ante el gobierno anterior y su secuela, el de hoy.

El presidente Zedillo comprendió que debía ir más allá de los términos habituales de las concertaciones económicas, y abrió el arco de la consulta nacional en torno de la crisis a todas las fuerzas políticas y sociales. Ni siquiera en su propio partido tuvo su oferta la recepción necesaria. Mereció, como dicen en lenguaje telegráfico algunas crónicas taurinas, sólo palmas tibias. Se comprende que así sea, pues el PRI padecerá electoralmente los efectos de la crisis, y sus actuales mandos no tienen por qué adherirse mecánicamente a la defensa de las tesis oficiales. La presidenta del partido gubernamental, la senadora María de los Angeles Moreno, tendría muchos motivos personales y políticos para manifestarse renuente a apoyar posiciones necesarias para remediar errores de un pasado que la lesionó de modo muy grave. Sólo su acentuada institucionalidad ha contribuido a que la respuesta priísta no coincida tan plenamente (como las circunstancias lo demandan) con las críticas posturas de los partidos de oposición.

Acción Nacional, por su parte, ha reaccionado ante el nuevo pacto y el discurso de Zedillo con una frialdad impropia de un aliado (y lo es en la medida en que personeros suyos participan en el gobierno y contribuyen a delinear su política) y que, al menos en apariencia, sólo busca inhibir el recuerdo de su cercanía con la política económica de Salinas, que ahora está en cuestión. Y el PRD lo hace con severidad, con el doble propósito de que se advierta que siempre tuvo razón al desconfiar de ese gobierno y su secuela, que es el actual régimen, y de que se comprenda que si ese gobierno mintió en los asuntos económicos, de seguro lo hizo también en los electorales, tanto en el ámbito federal como en los locales de Chiapas, Tabasco y Veracruz. Por eso el ex senador Porfirio Muñoz Ledo propone que la prueba de la verdadera voluntad transformadora del gobierno se enseñe con sus actitudes en esos problemas.

Son comprensibles las renuencias de los partidos y otras fuerzas a las que la posición gubernamental no entusiasma ni persuade. Pero sus exponentes tendrían que medir el alcance de su reticencia. El vacío que hacen al poder público puede ser llenado por factores espontáneos que no se rijan por mecanismos institucionales. Y con eso entraríamos en un escenario donde reine lo impredecible. Quizá, por lo tanto, lo cuerdo es aprovechar la disposición y la debilidad gubernamental para la confección de un verdadero nuevo pacto social, en vez de sólo dar la llamada por respuesta, en una actitud melindrosa que se mantenga lejos de la conducta productiva, fructuosa que la crisis, al mismo tiempo, permite y exige.